

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y
NAPOLEÓN**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Revolución francesa.

1.- La Ilustración

2.- Consecuencias de la Ilustración.

¿Intolerancia católica?

Genocidio de la Vendée.

Contra los intelectuales.

Derechos del hombre.

Napoleón.

Las sonrisas de María.

Campana de Italia y Egipto.

El Papa y Napoleón.

La derrota.

La isla de Elba.

Santa Elena.

Se sintió católico.

Su muerte.

Su sepultura.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro presentamos algunas reflexiones sobre la Revolución francesa y sobre la vida y muerte de Napoleón Bonaparte. La Revolución francesa nació en un ambiente preparado por los llamados filósofos de la Ilustración o del siglo de las luces, que ponían todo su empeño en conocer la verdad solo por medio de la razón y negando toda injerencia de la revelación y de lo sobrenatural en la vida de los hombres. Esto debido principalmente a que la mayoría de estos filósofos eran no creyentes o, si creían en Dios como Voltaire, era en un Dios que no intervenía en la vida de los hombres al igual que el motor inmóvil de Aristóteles o del Gran arquitecto del universo de los masones. Voltaire solo aceptaba una recompensa o castigo después de la muerte, pero para encontrar la verdad, solo se debía usar la razón como fuente única de la verdad.

Como consecuencia de su negación de Dios en la vida terrena, muchos de ellos murieron desesperados o temiendo caer al final en un vacío eterno y en unas tinieblas sin fin. En cuanto a Napoleón, tenía una soberbia muy grande y en todo se creía superior a los demás. Cuando llegó a la cima de su poder, quiso nombrarse emperador y nadie se le opuso, porque tenía el apoyo incondicional del ejército que lo adoraba por sus brillantes victorias.

El día de su coronación como emperador, él mismo se impuso la corona y se la impuso a su esposa Josefina como emperatriz, pero no dudó en divorciarse de ella para casarse con María Luisa, la hija mayor del emperador Francisco I de Austria, con el fin de unirse a las realezas europeas con su descendencia y así perpetuar una dinastía napoleónica. Sin embargo, el hijo tenido con María Luisa solo llegó a los 21 años y murió. Y a él, por otra parte, después de tantas victorias, le llegó el momento de las derrotas y fue hecho prisionero en Waterloo, siendo conducido a la isla de Santa Elena, donde recapacitó en su vida y reconoció que en el fondo de su alma había sido siempre católico a pesar de sus encononazos con el Papa y después de tantos pecados cometidos por él y su ejército en las guerras en las que tenía como objeto claro el saqueo para llenar la arcas vacías de la economía francesa por los gastos ocasionados por las guerras.

Él fue culpable de la muerte de un millón cuatrocientos mil soldados franceses, muertos en todas sus guerras, y también de tantos miles de muertos de soldados e inocentes de los países enemigos. Cuánta sangre corrió por Europa, cuántos muertos inocentes, cuántos pecados..., pero Dios perdona y al final murió confesando y comulgando y recibiendo la unción de los enfermos, además de oír misa todos los días de su capellán, el padre Vignoli, durante los dos últimos años de los seis que vivió en la isla de Santa Elena, prisionero de los ingleses. Gracias a Dios pudo arrepentirse. No todos aceptan el perdón de Dios en sus últimos

momentos. Él fue brillante en sus planes guerreros y fue brillante al aceptar al final de sus días la fe católica, pensando en la eternidad después de su muerte.

REVOLUCIÓN FRANCESA

En el siglo XVIII, muchos filósofos creyeron que la religión era una superstición y rechazaron a Dios de sus vidas. Estos filósofos soñaron con mundos ideales con una felicidad puramente natural, donde no existiera la familia ni la propiedad privada ni moral alguna. Pero estas ideas llevaron a la Revolución francesa con todas sus masacres y violencias. Porque un mundo sin Dios se hace inhumano e infeliz. Veamos lo que significó el movimiento cultural llamado Ilustración para Europa. Sus consecuencias todavía las estamos viviendo en este mundo actual en que Dios parece estar ausente de la vida diaria y donde parece que Cristo es un estorbo para la felicidad de muchos.

1. LA ILUSTRACIÓN

En el siglo XVIII surgió en Europa el movimiento cultural caracterizado por una confianza total en la razón, negando todo lo sobrenatural y criticando todas las Instituciones tradicionales, especialmente la monarquía y la religión católica. Estos filósofos *ilustrados*, como Voltaire, decían que todos los siglos anteriores a ellos habían sido de barbarie y superstición, porque había dominado la religión sobre la razón. A los siglos anteriores, los llamaban siglos de las tinieblas, mientras que su siglo, con el despertar de la razón, lo llamaban el siglo de las luces. Estos filósofos racionalistas, que descartaban totalmente a Dios de la humanidad, fueron los que prepararon la llegada de la Revolución francesa. Al llegar ésta, persiguieron a la religión católica como si hubiera sido la causa de todas las guerras y de todos los males. Ellos pusieron como base y fundamento de la sociedad a la diosa Razón.

Se consideraron como los defensores de los derechos humanos, como si antes no hubieran existido, y proclamaron a los cuatro vientos los principios de *libertad, igualdad, fraternidad*. Pero estos supuestos defensores de la libertad y de los derechos humanos, destruyeron por puro vandalismo tesoros culturales y artísticos de muchas bibliotecas eclesiásticas y de monasterios como Cluny, Longchamp, Lys, la catedral de Macon, la de Boulogne sur Mer, la sainte Chapelle de Arras, los claustros de Conques y otras innumerables obras de arte de la cultura antigua.

Los filósofos *ilustrados* decían que la razón podía explicarlo todo y afirmaban: *Nec decipit ratio nec decipitur unquam* (La razón jamás engaña ni es

engañada). Estas ideas parecen estar de moda en la actualidad con el relativismo tan extendido por todas partes. Para los intelectuales modernos o ilustrados actuales todo es relativo. No hay verdades absolutas ni principios universales e inmutables. Lo único cierto es que todo es relativo y que la verdad depende de lo que cada uno cree. Por eso, nadie tiene derecho a imponer a nadie sus propias ideas. Lo que importa es la propia opinión personal. De ahí que a la Iglesia católica, como lo hicieron los ilustrados del siglo XVIII, la califican de intolerante por querer enseñar a todos unas verdades absolutas como que Cristo es Dios, que ha venido a la tierra y nos ha salvado, que la muerto y resucitado, que está presente en la Eucaristía; y que hay acciones buenas o malas objetivamente, independientemente de la opinión personal, etc.

Estos filósofos ilustrados o relativistas hablan mucho de libertad y tolerancia total, pero sólo para los que piensen como ellos. Voltaire es considerado el patriarca de la tolerancia, porque escribió un tratado sobre la tolerancia, alabando el espíritu tolerante del pueblo romano. Pero no aceptaba la tolerancia contra los *intolerantes* católicos. Para él hay que ser intolerantes con los intolerantes. Y ¿quiénes son intolerantes? Al final, lo serán todos nuestros enemigos y los que no piensan como nosotros. Por eso, no es de extrañar que, en las sociedades en que ha triunfado el ateísmo militante y se han dejado guiar sólo por la razón (es decir, por las propias ideas), han llegado a las persecuciones, matanzas y violaciones de los derechos humanos más graves de la historia. Pensemos en el comunismo, nazismo, revolución francesa...

Y es que, cuando se suprime a Dios de la vida humana, alguien toma su lugar y, normalmente, lo hace el Estado todopoderoso, que, con frecuencia, tiene un nombre concreto: el líder máximo que dirige el país y que se convierte en un tirano.

En cuanto a las mujeres, casi todos los historiadores están de acuerdo en admitir que, al final de la Revolución francesa, las mujeres se encontraban peor que antes. La única novedad fue el divorcio, pero dada la casi total ausencia de derechos y dada la mentalidad dominante entre los *ilustrados*, esta novedad se convirtió para ellas en un perjuicio ¹.

Muchos de estos filósofos *ilustrados* soñaban con un mundo feliz sin Dios y sin religión, donde todo fuera común hasta las mujeres y los hijos. Entre ellos encontramos muchas utopías: proyectos de cómo debería ser el mundo para ser plenamente feliz.

¹ Camilleri Rino, *Los monstruos de la razón*, Ed. Homolegens, Madrid, 2007, p. 154.

Un gran *ilustrado* fue Dechamps. Según él, para conseguir el paraíso terrenal había que eliminar la propiedad privada de las cosas y de las mujeres. Para él no hay moral y todo debe ser común. El incesto no es pecado. Todo es bueno, si nos da la felicidad (es decir, el placer corporal). En este paraíso habría que destruir las artes y las ciencias, porque serían inútiles. Se debían quemar todos los libros menos el suyo: *El verdadero sistema*. Los seres humanos vivirían en cabañas de madera y dormirían en lechos de paja. La alimentación sería vegetariana, todos los días exactamente igual. En ese mundo, dice, no existiría la risa ni el llanto, pues todos tendrían la misma expresión de contento. No habría diferencia de sexos. Los funerales serían abolidos, ya que los difuntos no deberían importarnos más que un animal muerto.

2. CONSECUENCIAS DE LA ILUSTRACIÓN

Ya hemos hablado de las matanzas y persecuciones contra todo lo religioso de aquellos revolucionarios que buscaban la felicidad sin Dios y que, hablando mucho de libertad y tolerancia, quisieron imponer por la fuerza sus opiniones. Mientras la revolución soviética respetó las tumbas de los zares, la francesa de 1789 quiso hacer desaparecer toda huella de los reyes. Veinticinco reyes, diecisiete reinas y setenta y un príncipes y princesas fueron sacados de sus tumbas y arrojados a una fosa común, rociados con cal. Los mausoleos de los reyes fueron destruidos. Las 54 cajas de plomo de los féretros de los Borbones fueron fundidas y transformadas en munición. Igual suerte corrieron las esculturas. Las cabezas de las estatuas de los reyes de Francia de Notre Dame de París fueron decapitadas y han sido recuperadas hace poco tiempo.

El 10 de junio de 1794 se instituyó el Terror. En París el tribunal revolucionario funcionó ininterrumpidamente. La guillotina trabajaba seis horas al día, despachando 900 muertos al mes. En el transcurso de seis meses de la dictadura de Robespierre fueron encarceladas 500.000 personas, 300.000 confinadas y 16.594 guillotinos. ¡Qué ironía, los defensores de la libertad, matando sin piedad! Por eso, hay una frase significativa, atribuida a Madame Roland, cuando iba a subir a la guillotina: *¡Libertad, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!*

Pero veamos otros aspectos de estos filósofos *ilustrados*, interesados en defender sus privilegios. Todos ellos eran de clase acomodada e invertían en compañías de trata de esclavos. Voltaire, Diderot y Raynal ganaron mucho dinero en compañías de trata de negros. Ellos eran racistas. Voltaire decía: *Sólo*

un ciego puede dudar de que los blancos, los negros, los albinos, los hotentotes, los lapones, los chinos, los americanos no sean de raza enteramente diferentes ².

En la Enciclopedia hay algún artículo que condena la esclavitud, pero otros, como el título *Negros, considerados esclavos en las colonias de América*, explican que el desarrollo económico de las plantaciones de ultramar sería imposible sin la esclavitud. Y se dice: *Los negros nacidos vigorosos y acostumbrados a una comida basta, encuentran en América una benignidad que hace la vida animal mucho mejor que en sus países* ³. En muchos de estos filósofos que hablan mucho de derechos humanos, el materialismo y el utilitarismo se unen con el racismo para justificar la esclavitud.

Todos los artículos de la Enciclopedia se basan en el principio de que el hombre, si quiere transformar el universo, debe hacerlo por medio de la razón. La razón es la suprema facultad del hombre. Esto significa liberarse de todo prejuicio moral, político o religioso.

Ellos creen que el porvenir será mejor que el pasado supersticioso, fruto de la religión. Y desprecian al pueblo religioso e ignorante. Voltaire escribía a Damilaville: *Es conveniente que el pueblo sea guiado y no que sea instruido, porque no es digno de serlo. El bien de la sociedad requiere que los conocimientos del pueblo no se extiendan más allá de sus labores*. Así decía también La Chalotais en su *Essai de education nationale*, escrito en 1763. Otro filósofo ilustrado, Philipon de La Madeleine, manifestaba su deseo de que la escritura fuera prohibida a los hijos del pueblo. ¿Por qué? Porque el pueblo ideal, el pueblo ilustrado, es el pueblo sin el pueblo.

Para estos filósofos, la palabra mágica era tolerancia. Sin embargo Helvetius decía: *Hay casos en los que la tolerancia puede ser funesta para la nación, cuando tolera una religión intolerante como la católica*. Voltaire gritaba contra la Iglesia: *¡Aplastemos a la Infame!* Lo decía como si fuera un grito de guerra para atacarla todos unidos.

Por otra parte, todos estos sabiondos filósofos hablan de la Edad Media, como si fuera una época bárbara y oscurantista. Y así suele hacerse creer todavía en la actualidad a los alumnos en las escuelas por medio de los libros.

² Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones, escrito en 1756.

³ Sévillia Jean, *Históricamente incorrecto*, Ed. Ciudadela, Madrid, 2006, p. 173.

¿INTOLERANCIA CATÓLICA?

Todavía hay algunos que ven a la Iglesia católica como la causa de todas las desgracias de la humanidad. Nietsche, en su obra *El anticristo*, acusa a la Iglesia de ser la causante de todas las calamidades del mundo moderno. Para él, que no tenía fe, nada era más vergonzoso que ser cristiano. Aunque Nietsche lo decía, hablando directamente de la Iglesia protestante de Dinamarca, algunos se lo aplican también a la Iglesia católica o piensan de la misma manera. Para muchos, la Iglesia católica es la institución más intolerante que ha existido.

Aquellos, que habían derrocado a Dios y habían colocado en su lugar a la diosa Razón y tanto hablaban de los *derechos del hombre*, cometieron el más grande genocidio de la historia moderna en la Región de la Vendée.

GENOCIDIO DE LA VENDÉE

Los acontecimientos ocurrieron entre los años 1793 y 1796 en plena Revolución durante la guerra de la región de la Vendée en el oeste de Francia. En marzo de 1793 miles de campesinos de esa región francesa se levantaron en armas contra las medidas del gobierno revolucionario y republicano que había tomado el poder y, entre otras cosas, había perseguido la religión, queriendo obligar a los sacerdotes a hacer un juramento de fidelidad al Estado. Había decretado que los sacerdotes no podían obedecer al Papa y debían estar sometidos a las autoridades políticas. Además se quería hacer una Iglesia católica paralela en la que los párrocos y obispos recibirían un sueldo del Estado como empleados públicos y por tanto, debían ser elegidos por los habitantes del pueblo o diócesis, fueran ateos, protestantes, judíos, etc. Era querer imponer en la Iglesia una democracia en la que podían ser sacerdotes y obispos quienes, no solo no estaban consagrados como tales, sino que incluso podían serlo ateos o de otras religiones, pues todo dependía de los votos.

Además de esto, había otras cosas que no podían ser admitidas por los verdaderos católicos como la supresión de las Órdenes religiosas, la expropiación de todos los bienes de la Iglesia católica y solo aceptar como sacerdotes y obispos a los que habían jurado obediencia total al Estado. Por eso y porque habían despreciado al rey para constituir un Estado republicano, el malestar de los pueblos de la región hizo que finalmente se sublevaran y lucharan por Dios y por el rey.

Se entabló una lucha a muerte con el ejército nacional y el mismo año de la sublevación, de marzo a fines del año 1793, después de varias victorias

sufrieron algunas derrotas, especialmente la última, en la batalla de Savenay, que dio principio a una gran represalia sin compasión. Incendiaron todo lo que encontraban a su paso, matando ancianos, mujeres, niños, enfermos y heridos sin hacer prisioneros. El ejército republicano mataba con crueldad, especialmente las llamadas *columnas infernales*. Era una represión de exterminio total de tierra quemada, de querer hacer de la región un desierto. Las cifras totales del genocidio fue, según algunos historiadores, de 220.000 vandeanos. La región, que había sido una de las más ricas de Francia, quedó como un *cementerio nacional*, que apenas producía lo justo para no morir de hambre los sobrevivientes. Habían destruido casas, cultivos y ganado para matarlos de hambre. El general Westermann escribió a París: *La Vendée ya no existe, ha muerto con sus mujeres y niños. Acabo de enterrar un pueblo entero en las ciénagas y los bosques de Savenay. He aplastado a los niños bajo los cascos de los caballos y masacrado a las mujeres que así no parirán bandoleros. No tengo que lamentar ningún prisionero. Los exterminamos a todos* ⁴.

Y la deshumanización de estos revolucionarios llegó al punto que con las pieles curtidas de los vencidos, hicieron botas para los oficiales. Y hervían los cadáveres para extraer grasa y jabón. Algo superado solo por las cámaras de gas de los nazis.

Las crueldades de esta guerra por parte de los republicanos fueron tan enormes que los historiadores franceses de ideas republicanas han tratado de ocultar este genocidio, que ahora es llamado también por muchos como memoricidio, es decir, que en los libros y tratados de historia francesa han querido pasarlo de largo y evitar decir la verdad.

CONTRA LOS INTELLECTUALES

En 1794, mataron los revolucionarios franceses a Antoine Laurent Lavoisier que fue uno de los principales protagonistas de la revolución científica, que condujo a la consolidación de la química, por lo que se le considera como el padre de la química moderna. Cuando el jefe del tribunal revolucionario pronunció la sentencia para ser guillotinado, dijo: *La República no necesita sabios*. Los revolucionarios de la libertad, al igual que los ateos y agnósticos, que tanto hablan contra la Iglesia por el caso Galileo, parecen no recordar el caso Lavoisier o Duhem o de otros científicos, a quienes ellos liquidaron por no tener sus mismas ideas. *El 10 de noviembre de 1793 los revolucionarios consagraron la catedral de Notre Dame a la diosa Razón. Se transportó desde la Opera un escenario y lo colocaron delante del altar. Su pieza central era una montaña en*

⁴ Messori Vittorio, *Leyendas negras de la Iglesia*, Ed. Planeta, 1997, p. 105.

*cuyo pico se alzaba una estatua de la Filosofía. Por el nuevo templo desfiló una joven actriz, Mademoiselle Aubry, vestida con una larga túnica blanca y un manto azul y armada con la lanza de la Ciencia. Estaba acompañada de un coro de bailarinas, vestidas de blanco, y quemaron incienso ante el altar. La multitud cantó: “Tú, santa libertad, ven a vivir en el templo y sé la diosa de los franceses”. Esta profanación despertó tal entusiasmo que, casi inmediatamente, dos mil trescientas cuarenta y cinco iglesias fueron transformadas en templos de la Razón*⁵.

DERECHOS DEL HOMBRE

En 1789, la Asamblea nacional francesa reconoció que *los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos*. Pero eran derechos sin ninguna referencia a Dios, sólo porque así lo querían ellos y lo proclamaban. Por eso, podían dar leyes en contra de Dios y de los derechos de los creyentes. Porque los derechos humanos, según ellos, sólo se fundamentaban en la pura razón, que puede opinar de diferentes maneras, según convenga.

Por otra parte, consideraban que el poder procede del pueblo. Por tanto, cualquier autoridad que no venga del voto popular, no tiene validez. Con esto estaban declarando la guerra abierta a la Iglesia, pues el Papa no es elegido por voto popular, la Iglesia no es una sociedad democrática, sino jerárquica. De ahí que en 1790, en la Constitución civil del clero, se daban normas para que las elecciones de obispos o párrocos fueran hechas por voto popular, incluso de no católicos y ateos. De la misma manera, habría que votar para definir un dogma de fe. Como si todo lo legal fuera bueno o como si todo lo que se vota por mayoría de votos fuera automáticamente bueno. En ese caso, ¿qué podríamos decir de las leyes del aborto o de la eutanasia? Las autoridades deberían ser también automáticamente buenas, por haber sido elegidas por mayoría y ya sabemos por experiencia que lo democrático no es siempre lo mejor, ni lo legal defiende siempre los derechos humanos.

⁵ Fulton Sheen, *La vida merece vivirse*, Ed. Planeta, Barcelona, 1961, p. 190.

NAPOLEÓN

Napoleón (1769-1821) nació en Ajaccio (Córcega) y fue bautizado en la fe católica. Desde jovencito se mostró muy aplicado e inteligente en los estudios y era un lector insaciable. Quería saber de todo, pero especialmente le gustaban las hazañas de los grandes hombres y guerreros de la historia. De esta manera su corazón se iba entusiasmando con los grandes hombres y deseaba ser como ellos. Entró en la escuela militar de Brienne y en septiembre de 1784 pasó los exámenes finales. Un mes después entró en la Academia militar de París. Él se apuntó a la especialidad de artillería por su afición a las matemáticas. Al terminar la Academia, fue asignado a la compañía de artillería de la quinta brigada con residencia en Valence.

En mayo de 1788 fue asignado a la escuela de artillería de Auxonne, donde guiaba a 200 jóvenes. Su vida era austera y modesta, comía una sola vez al día a las 3 p.m. para poder enviar algún dinero a sus madre viuda y para poder comprar algunos libros. Se preparaba hasta en los más mínimos detalles y decía: *No hay nada en la profesión militar que no la sepa hacer solo. Si no hay nadie que prepare el polvo para el disparo, yo sé hacerlo; los carros para los cañones sé cómo construirlos. Si hay que fundir un cañón, sé hacerlo.*

En marzo de 1789, encargado por sus Superiores, tuvo que calmar una revuelta en la que un gran tropel del pueblo había matado a dos comerciantes de grano. Tenía 19 años, pero tenía firmeza de carácter. Fue hacia la muchedumbre y gritó: *Los hombres honestos que se vayan a casa, yo disparo solo sobre el populacho.* Después ordenó disparar y la revuelta quedó sofocada. Pocos días después, hubo otra revuelta más numerosa, que atacó e incendió el edificio de impuestos de Auxonne, donde estaban los aposentos de su guarnición, y también pudo sofocarla.

El 14 de julio una muchedumbre de pueblo de Paris tomó la fortaleza de la Bastilla. Murió el gobernador de París, el alcalde y el secretario de Estado. El 6 de octubre otra multitud invadió el palacio de Versalles. Al ver aquellas manifestaciones contra las autoridades, pensó en que pronto podían cambiar las condiciones y podía conseguir la independencia de su amada Córcega. El 8 de agosto de 1789 consiguió, con la complicidad de un médico, un permiso por enfermedad y regresó a Córcega para intentar la independencia de la isla. Allí estuvo tres años, queriendo ser el jefe de la causa independiente.

Mientras tanto el 2 de noviembre de 1789 los Estados generales, es decir, las autoridades revolucionarias, aprobaron por 510 votos contra 346 la nacionalización de todos los bienes eclesiásticos. En febrero de 1790 se

prohibieron los votos religiosos y se suprimieron todas las Órdenes y Congregaciones religiosas que no se dedicaran a la educación o la sanidad. El 12 de julio de 1790 los revolucionarios aprobaron la Constitución civil del clero. El 26 de diciembre de ese año 1790, la Asamblea constituyente imponía a todos los obispos y sacerdotes la obligación de hacer un juramento de fidelidad al Estado como hacían los funcionarios civiles. La mayoría de sacerdotes y obispos fueron refractarios, es decir, no quisieron hacer el juramento. Lo hicieron algunos llamados constitucionalistas. Así se dividió el clero, aunque el pueblo sencillo consideraba a los juramentados como traidores y no los quería. Por eso, muchos, que habían juramentado, se retractaron. A estos refractarios, que no juraron, las autoridades los destituyeron de sus cargos y los consideraron enemigos de la patria, siendo perseguidos. Unos 30.000 huyeron a otros países. Otros siguieron en sus puestos en clandestinidad. El grupo radical de los jacobinos consideró un deber hacer desaparecer la superstición cristiana y deportaron a muchos curas a la Guayana francesa.

El Papa Pío VI, en abril de 1791, condenó la Constitución del clero y consideró sacrílega la consagración de nuevos obispos sin autorización del Papa y, a la vez, manifestó que la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano tenía muchos peligros, por hacer nacer los derechos humanos del deseo de los hombres y no de ser hijos creados por Dios

Napoleón por su parte estaba ajeno a estas cosas y vivía en Córcega, donde tenía problemas económicos y tuvo que pedir a su tío, entonces obispo y más tarde cardenal, unos 300 francos. El 6 de febrero de 1792 sus Superiores del ejército lo consideraron como que había renunciado a su profesión militar o, dicho de otro modo, como un desertor. Le habían dado un permiso y llevaba dos años en Córcega. En septiembre de 1792 los párrocos fueron privados de ser gestores de los registros civiles de los ciudadanos, como siempre habían sido. Quitaron las fiestas religiosas, hicieron la reforma del calendario y cambiaron los nombres de los meses, con el fin de desvincularlos de la tradición de la tradición católica y de las fiestas de los santos. En este calendario los días del año hacían referencia a flores y animales. El domingo no era cada 7 días, sino cada diez días. Los meses tomaban los nombres de Vendimiario, Bromuario, Frimario (otoño), Nivoso, Pluvioso, Ventoso (invierno), Germinal, Florial, Pradial (primavera), Mesidor, Termidor, Fructidor (verano).

Fiestas: de la virtud, del talento, del trabajo, de la Opinión, de las recompensas y de la Revolución.

Napoleón suprimió este calendario y ordenó volver a contar como antes en el calendario gregoriano desde el 9 de septiembre de 1805. También se permitió el matrimonio de los divorciados y de los sacerdotes y religiosos, y se contaban

los años, no a partir del nacimiento de Jesucristo, sino a partir del año de la proclamación de la República. Después dejaron de pagar el sueldo a los curas constitucionalistas afines al gobierno. Los campesinos vivían su fe en la clandestinidad con algunos curas refractarios, que estaban escondidos.

En ese tiempo el populacho asaltó el palacio de las Tullerías y tomaron como prisionero al rey Luis XVI. Napoleón apoyó las tesis de los radicales jacobinos y fue protegido por el hermano de Robespierre. En septiembre de 1792 el populacho masacró a 1200 prisioneros de las cárceles de París, entre ellos había 115 sacerdotes refractarios. El 21 de enero de 1793 decapitaron al rey. Era tal la falta de oficiales en el ejército por la huida de millares de oficiales de origen noble que Napoleón fue recibido como capitán para apoyar a los jacobinos en el asedio de Tolón, donde estaban los antijacobinos, partidarios del Antiguo régimen. Napoleón dio muestras de que tenía dotes de estrategia de tal manera que, al conquistar la ciudad, fue elevado al grado de general de brigada. Los jacobinos se dieron a toda clase de atropellos, saqueos, violaciones y ejecuciones en masa en la ciudad de Tolón. Napoleón calló.

En Niza se enamoró de una joven, Emilie Laurenti, pero ella no lo aceptó. Después se enamoró de Desirée Clary, con la que mantuvo un profundo enamoramiento, escribiéndose cartas de encendido amor, que después él rechazó por el amor de la famosa joven, seis años mayor que él, procedente de la isla de Martinica, llamada Josefina, a la que hizo en su momento emperatriz de Francia, a pesar de ser viuda y haber estado en amores con otros oficiales.

Napoleón seguía ascendiendo y con 26 años fue nombrado general del ejército interno del país.

LAS SONRISAS DE MARÍA

Precisamente la Virgen María quiso sonreír a sus hijos de Italia ante lo que iba a venir. Sucedió en los Estados pontificios el año 1796. Las sonrisas de María comenzaron el 25 de junio de ese año en Ancona (Italia), cuando una imagen de María de la catedral de la ciudad, conocida bajo el título de *Reina de todos los santos*, comenzó a tomar vida, abriendo y cerrando los ojos, mirando con amor a los presentes y sonriendo. En una oportunidad, hasta brilló durante todo el día con luz sobrenatural. La imagen era un cuadro pintado de la Virgen, de unos cincuenta centímetros. Ese fue el comienzo de la serie de prodigios, que conmovieron a los Estados pontificios durante nueve meses y que no tienen parangón en la historia del cristianismo.

El 8 de julio, las sonrisas comenzaron en Roma y se sucedieron en otras ciudades, dentro de los Estados de la Iglesia. Esto produjo una avalancha de confesiones y conversiones nunca antes vista. Muchos, incluso protestantes y musulmanes, se convertían. Se organizaron misiones populares, procesiones y oraciones públicas, día y noche, ante las imágenes vivientes que miraban con amor a los devotos y sonreían.

El primer milagro fue certificado el 25 de junio de 1796 en la catedral de san Ciriaco, en Ancona. Había una gran multitud, que se había reunido a rezar ante las reliquias del beato Antonio Fatati. Francesca Massari, viuda de 30 años, afirmó haber sido la primera testigo del prodigio. Vio la imagen de la Virgen de San Ciriaco, que levantaba los párpados hasta descubrir las pupilas con el blanco del ojo y esto en ambos ojos. El prodigio se renovó también con la boca sonriente. Ella dice: *Me volví hacia las señoras y les dije: "Callen, la Virgen abre los ojos y sonríe"*. El 8 de julio de ese año el pueblo de Roma gritó por el milagro de la Virgen del Arco, imagen sagrada puesta bajo un arco en un estrecho callejón entre la plaza de los Doce apóstoles y la iglesia de San Marcelo, no lejos del Campidoglio. Pronto innumerables testigos atestiguan el mismo prodigio en la mayor parte de las imágenes marianas de la ciudad. Una comisión investigadora, fundada el 1 de octubre por el cardenal Vicario Della Somaglia, recogió hasta el 31 de enero de 1797 testimonios de 86 personas relativos a unas 50 imágenes milagrosas. En 1797 Monseñor Giovanni Marchetti escribió la obra apologética *Dei prodigi avvenuti in parecchie immagini sante particolarmente della beata Vergine Maria, secondo i processi autentici compilati a Roma*.

En total, fueron por lo menos 122 imágenes, 2 de santos (san Antonio de Padua y san Liberato), dos crucifijos y el resto, imágenes de la Virgen. Eran imágenes pintadas o esculpidas, que se encontraban en capillas, casas particulares, calles y plazas públicas, a la vista de todos.

De estas 122 imágenes, 101 eran de la misma ciudad de Roma y las 21 restantes, de otras ciudades. Las autoridades eclesiásticas hicieron una investigación, reducida a 26 de las 101 imágenes milagrosas de Roma, y el 28 de febrero de 1797 concluyeron con el veredicto del cardenal Vicario de Roma de que todas esas imágenes eran verdaderos milagros vivientes. Lo mismo sucedió con las investigaciones llevadas a cabo en las otras ciudades. En Roma, se estableció que todos los años, el 8 de julio, se celebrara una fiesta para conmemorar el inicio de estos milagros en dicha ciudad. Actualmente, esta fiesta se celebra todavía en el santuario de la Virgen del Archetto, donde comenzaron los prodigios, y se celebra el domingo más cercano al 8 de julio.

Es interesante anotar que estos milagros ocurrieron en víspera de la ocupación de los Estados pontificios por los ejércitos de Napoleón, que llevaron

cautivo al Papa Pío VI a Francia, donde murió; y que llevaron a cabo una serie de atropellos, matanzas, violencias, violaciones y saqueos por doquier. Esta invasión comenzó el 8 de febrero de 1797, unos ocho meses después del comienzo de los milagros en Ancona. Y todos los testigos destacaron que esta oleada de milagros vivientes era una prueba más de la presencia viva de María en medio de sus hijos y signo de su protección maternal. Como si les dijera: *No tengan miedo, yo estoy con vosotros.*

CAMPAÑA DE ITALIA Y EGIPTO

Ese año 1796, el 2 de marzo, el Directorio lo nombró comandante del ejército de Italia. El 9 de marzo de este año se casó con Josefina, que tenía 33 años y él 27. Napoleón se fue a la guerra. Hizo una campaña en Italia de victorias, ganándose el aplauso de su ejército y de la mayoría de los franceses. Su apellido era Buonaparte y lo cambió por Bonaparte. Era de Córcega y se consideraba de descendencia italiana.

Sin embargo, no olvidemos que en su campaña italiana, como lo hará en todas las demás en distintos países, hubo saqueos de las tropas y él mismo para congraciarse con las autoridades de Francia enviaba remesas de dinero para ayudar a la economía francesa por los muchos gastos de guerra. En diversos lugares imponía un impuesto de reparación de guerra y esto incluía famosas obras de arte y joyas, etc.

Al Papa lo obligó a firmar la paz en el Tratado de Tolentino en el que cedía a Francia las tierras del reino de Bologna, Ferrara, la Romagna, Ancona y su puerto y debía pagar un impuesto de guerra de 31 millones de francos. Las autoridades del Directorio, decidieron deportar al Papa Pío VI, viejo y enfermo con 81 años. Lo llevaron a Valence donde murió el 29 de agosto de 1799.

El Directorio, para alejar a Napoleón del poder, lo enviaron a la campaña de Egipto. Tuvo sus más y sus menos. En la batalla exitosa de las pirámides en julio de 1798 batió al ejército de los mamelucos. En el asedio de Acre las tropas fueron atacadas de peste bubónica sin poder recibir ayuda de Francia, porque en el mar dominaban los ingleses. Hizo dos cosas que le han criticado mucho: Hizo masacrar a 3.000 prisioneros que se habían rendido de buena fe, contando con su clemencia, y ordenó matar con dosis excesivas de opio a centenares de soldados franceses que estaban enfermos y no podían seguirlo en su marcha hacia el norte. Otra cosa que se le suele criticar es haber aprobado la esclavitud que había sido abolida en 1802. La abolió de nuevo en 1815.

En 1799 vuelve a París con mucho dinero de los saqueos para sostener la economía del país. Había hecho 150.000 prisioneros y conseguido 550 cañones y 600 cañones de transporte rápido, y reponiendo en las arcas de Francia unos 50 millones de lises. Ya en ese tiempo algunos lo consideraban el antiCristo. El por su parte se creía superior a todos y los consideraba como instrumentos de sus planes de dominio sobre Europa entera. No obstante, tenía miedo de que los miembros del Directorio, que eran los gobernantes, ordenaran envenenarlo. Cuando asistía a comidas y banquetes, tenía cuidado de no comer ni beber hasta que no comenzaban los demás.

Fue nombrado como uno de los cónsules gobernantes del país y después, con el poder que le daba el ejército, que estaba en sus manos, se hizo con el poder total hasta que se hizo nombrar emperador. El 2 de agosto de 1802 fue proclamado cónsul de por vida. Estableció el Código civil en 1804, que ha sido un ejemplo en muchas cosas de los códigos civiles de otras naciones. Y el año 1802 se hizo público el Concordato entre la Iglesia y Francia.

El 2 de diciembre de 1804 fue coronado como emperador ante la presencia del Papa Pío VII en la catedral de Notre Dame de París. Se dice que él solo se impuso la corona, como si la tuviera merecida por sí mismo y no por otro, ni siquiera con la garantía y autoridad espiritual del Papa como lo había hecho Carlomagno mil años antes. Después él mismo coronó a la emperatriz Josefina.

EL PAPA Y NAPOLEÓN

Napoleón no se confesó ni recibió la comunión. Él explicó: *Cuando fui coronado, el Papa me dispensó de la comunión pública, temiendo que aquel acto formal fuera un sacrilegio.* Napoleón anotó: *El Papa, siendo un hombre bueno, no renunció a la esperanza de que yo me confesase y me lo repitió varias veces con inocente dulzura y decía: “Antes o después, él lo hará conmigo o con otro y verá qué alegría y felicidad tendrá”.*

El 2 de febrero de 1808 ordenó al general Miollis ocupar Roma, poniendo al Papa bajo custodia. El 18 de mayo de 1809, después de una victoria sobre Austria, Napoleón decretó la anexión al imperio francés de lo que quedaba de los Estados pontificios (Umbría, Las Marcas, Roma y el Lazio). Pío VII reaccionó excomulgando a Napoleón con la bula *Quam memorándum*. Napoleón lo retuvo como prisionero y en una carroza lo envió al norte y lo llevó a Savona, donde estuvo durante tres años privado de la posibilidad de comunicarse con los obispos y cardenales de toda Europa.

El 1 de abril de 1810 se casó con María Luisa de Austria, hija del emperador de Austria Francisco I. Se había divorciado de Josefina a fines de 1809. Napoleón daba por descontado que el Papa estaría de su parte en las guerras, pero Pío VII le respondió que debía mantener una posición neutral. La reacción de Napoleón fue exigir la renuncia del cardenal Consalvi, creyendo que era él, como secretario de Estado, el que influía al Papa en su contra. También exigía que el Papa creara un cierto número de cardenales franceses para tener un tercio del total de cardenales en vista de un posible nombramiento de un Papa francés. En 1811 hizo transferir al Papa a Fontainebleau, donde estuvo 19 meses, tratando de que la Santa Sede se transfiriera a Francia. El Papa rehusó.

LA DERROTA

En 1812 organizó un ejército de 600.000 soldados y pasando por Polonia llegó a la llanura rusa, obteniendo la victoria sobre los rusos en Borodino a 100 kilómetros de Moscú. Pocos días después entró en Moscú. A fines de octubre, después de incendiar la ciudad y saquearla, se retiró de Moscú, pero el frío, el hambre y las continuas incursiones de los rusos exterminaron el ejército. Murieron en la campaña rusa unos 400.000 soldados. Napoleón llegó a París derrotado. Al verlo disminuido en sus fuerzas, se organizó una nueva alianza entre Inglaterra, Prusia, Austria y Rusia, y Napoleón fue derrotado en la batalla de Lipsia el 18 de octubre de 1813. París fue ocupada por los ejércitos extranjeros en marzo de 1814. El 6 de abril Napoleón abdicó y los vencedores confiaron el poder a Luis XVIII, hermano del guillotinado rey Luis XVI. Y el imperio francés quedó reducido a los límites que tenía en 1792. En resumen, tantas guerras y tantos miles y miles de muertos no habían servido para nada. A Napoleón le asignaron la isla de Elba.

LA ISLA DE ELBA

Desde su retirada y derrota en Rusia, Napoleón guardaba en un saquito negro un veneno compuesto de cabanis con opio, belladona y eléboro. Lo habían confinado en la isla de Elba y estaba deprimido. Quiso suicidarse la noche del 12 al 13 de abril de 1814. Estando solo en su cuarto, Napoleón disolvió todo el veneno en agua y se lo bebió (quería acabar cuanto antes con el sufrimiento de la derrota). Luego se acostó creyendo que no volvería a despertarse. La droga tardó en surtir efecto y mandó llamar a su confidente más íntimo, llamado Caulaincourt. Le entregó una pequeña cartera de tafete rojo en la que había reunido las cartas de su esposa María Luisa y un pliego destinado a ella, en el que había escrito sin temblar estas palabras: *Apruebo que vayas a Rambouillet... Tu padre se ha descarriado y se ha portado mal con nosotros, pero será buen padre*

para ti y para tu hijo. Adiós, mi buena Luisa. Eres lo que más quiero en este mundo. Mis desgracias no me duelen más que por el mal que te hacen. Toda tu vida querrás al más tierno de los esposos. Da un beso a mi hijo. Adiós, querida Luisa. Todo tuyo... Napoleón.

En cierto momento en que desfallece, Caulaincourt lo ve moribundo y va a visar al ayuda de cámara de turno. Cuando vuelve, el emperador le reprocha que turbe sus últimos momentos y dice: *Cuánto cuesta morir*. Le dan unas náuseas tan fuertes que no puede reprimirse y vomita. Por fin llegan el gran mariscal Bertrand e Yvan, a quien acaban de despertar. Napoleón le dice al médico: *Dame un dosis más fuerte*. Es para Vos un deber, es un favor que tienen que hacerme los que me quieren. Yvan se niega y dice que él no es un asesino. Napoleón con la mano sobre el estómago, parece sufrir cruelmente. Y dice: *Ojalá hubiera muerto en Arcis-sur-Aube*.

Napoleón había devuelto una gran parte del veneno. Caulaincourt y Constant lo llevan a una gran ventana abierta y Napoleón cae en un prolongado letargo. Al día siguiente estaba tranquilo y resignado y dijo: *Puesto que la muerte no quiere llevarme, viviré. Habrá que tener valor para soportar la vida después de estos acontecimientos* ⁶.

En los momentos en que había decidido suicidarse estaba llevado de su depresión, producida por su soberbia machacada, porque se le habían terminado todos sus triunfos y glorias conseguidos y estaba lejos de su familia, de su esposa e hijo y de su ejército, sin el cual era un cualquiera. Se acordaría de sus amantes, unas 50 según algunos historiadores, de las que nos han dejado los nombres de 11. Pero todo había pasado y de un día para otro, de ser el emperador adorado de los franceses había quedado reducido a la nada. Sin duda, Dios le dio una nueva oportunidad de seguir viviendo.

En marzo de 1815, Napoleón huyó de la isla de Elba y volvió a Francia con el apoyo popular. Francia estaba rodeada de enemigos (España, Portugal, Cerdeña, Países Bajos, Austria, Prusia, Rusia, Suecia e Inglaterra). Por fin entre el 15 y el 18 de junio de 1815 fue derrotado definitivamente en la batalla de Waterloo en Bélgica.

El Papa volvió a Roma, donde murió el 20 de agosto de 1823 y los ingleses llevaron prisionero Napoleón a la isla de Santa Elena en medio del océano Atlántico.

⁶ Aubry Octave, *La vida privada de Napoleón*, Ed. Losada, 1994, pp. 335-337.

SANTA ELENA

Sobre los datos de los casi 6 años que pasó prisionero en la isla de Santa Elena tenemos documentos auténticos que nos dicen claramente lo que pasó. Entre estos documentos tenemos el *Memorial de Santa Elena*, escrito por Emmanuel Les Cases, que estuvo casi hasta el final con él en la isla, pero sobre todo está el testimonio de su médico ateo, el doctor Antommarchi, de su ayudante de cámara el señor Marchand; el del sacerdote Vignali, que lo atendió espiritualmente; del general Bertrand, no creyente; y el del marqués Montholon. Estos testimonios fueron recogidos en un libro por el antiguo teniente imperial Robert Antoine de Beauterne en su libro *Conversations religieuses de Napoléon, avec documents inédits de la plus haute importance*, publicados en París en 1841.

La isla de Santa Elena se encuentra en medio del océano Atlántico a 1.950 kilómetros de África y 3.500 de América. Había una guarnición de 2.784 soldados ingleses y llegó allí el 17 de octubre de 1815. Una de las cosas que más extrañó fue no tener un sacerdote para tener ayuda espiritual. Un domingo dijo a los presentes: *Hoy es domingo. Si estuviéramos en un país cristiano y tuviéramos un sacerdote, nos hubiera hecho pasar unos momentos apropiados en esta jornada. A mí siempre me han agradado el sonido de las campanas. En esta isla de protestantes hay dos cosas que me faltan: el sonido de las campanas y también un sacerdote.*

Él mismo escribió una carta, pidiendo a su tío el cardenal Fesch, que interviniera ante las autoridades inglesas para pedir un sacerdote católico, un cirujano y un cocinero. Las cosas no fueron fáciles, pero con el tiempo se consiguió. En septiembre de 1819 llegaron a la isla dos sacerdotes corsos: el padre Buonavita, anciano, que tuvo que irse al poco tiempo enfermo, y el joven sacerdote Vignali. También llegó el doctor Antommarchi, que era ateo. El emperador desde el primer día organizó las cosas. Nos dice el marqués Montholon: *Quiso la misa al día siguiente y lo mismo todos los días y domingos. Después de tanto tiempo no quería perderse esa gracia. También pidió que todos los días en una sala vecina se tuviera la Exposición del Santísimo con las oraciones de las 40 Horas* ⁷.

Mandó que se preparara un altar móvil en el comedor y determinó que la hora de misa sería de nueve a diez de la mañana. Ordenó organizar todas las cosas para la misa y dijo: *Ahora que estoy en Santa Elena ¿por qué disimular lo que pienso en el fondo del alma? Yo asistiré a la misa todos los días, pero no exijo a nadie que me acompañe, que vengan los que deseen seguirme* ⁸

⁷ Conversations, p. 244.

⁸ Ib. p. 91.

Todavía no estaba enfermo y, al entrar en la capilla, lo primero que hacía era la señal de la cruz, se arrodillaba y estaba con las manos juntas con todas las señales de estar recogido. Al momento de la elevación de la hostia y del cáliz, él inclinaba la cabeza con un sentimiento profundo de adoración. El marqués Montholon y el general Bertrand hacían de acólitos. Los viernes pedía pescado para guardar abstinencia, como mandaba la Iglesia algunos viernes ⁹.

Sabía que algunos, como el general Berbrand, no eran creyentes y él decía claramente: *Existe una causa divina, una razón soberana, un ser infinito que es la causa de las causas, ante el cual yo soy una verdadera nada. Yo lo siento, es Dios, yo lo veo (en la naturaleza), yo lo necesito y creo en él. Si ustedes no lo sienten o no creen en él, peor para ustedes* ¹⁰.

SE SINTIÓ CATÓLICO

En las *Memorias* del doctor D’Omeara escribe: *Un día lo vi, leyendo el Nuevo Testamento. Le dije que muchas personas no creerían que estaba leyendo tal libro, porque todos pensaban que no creía en nada. Napoleón me respondió: “Eso no es verdad, yo estoy muy lejos de ser ateo. Cuando yo llegué a ser jefe del gobierno, hice todo lo posible para restablecer la religión, que es de gran consuelo para el que la tiene y, además nadie puede decir lo que hará cuando lleguen sus últimos momentos”* ¹¹. Podemos decir que, aunque Napoleón fue responsable ante Dios y la humanidad de la muerte de millones de personas a través de sus guerras, y lo mismo de saqueos y crueldades de sus tropas, cuando llegó a Santa Elena, su gran soberbia se bajó y entendió que estaba en el tiempo final de su vida y debía pensar en Dios y en el más allá. Trataba de justificarse de sus actos pasados y hablaba de sus cosas buenas, pero se le veía humildad y aceptó la fe católica de su infancia de todo corazón.

El 9 de noviembre de 1817 le dijo el doctor D’Omeara que en Inglaterra había diferentes opiniones sobre sus creencias. Él respondió: *Yo creo lo que cree la Iglesia católica*. Cuando el Papa estuvo preso en Fontainebleau lo trató bien y le asignó 100.000 coronas al mes para sus gastos y los de sus ayudantes ¹². Y dijo en varias ocasiones con toda claridad: *Yo soy católico romano y creo lo que cree la Iglesia* ¹³.

⁹ Ib. p. 93.

¹⁰ Ib. p. 101.

¹¹ Beauterne, *Conversations religieuses de Napoleón avec des documents inédits de la plus haute importance*, París, 1841, p. 59.

¹² Ib. p. 72.

¹³ Ib. 80.

SU MUERTE

Cuando se sintió enfermo, perdió el apetito y estaba lívido con un aspecto cadavérico. Tenía escalofríos, le rechinaban los dientes, tenía dolores abdominales, fiebre, dolor de cabeza. El 3 de abril de 1821 se perdió toda esperanza de que pudiera recuperarse. Se preocupó de poner en orden los asuntos temporales y espirituales. Hizo su testamento, que comenzaba así: *Yo muero en la religión apostólica y romana*. El 21 de abril de 1821 dijo: *Yo no soy médico ni filósofo. Yo creo en Dios y soy católico romano. Nací en la religión católica y quiero cumplir mis obligaciones como tal*. Varios días habló durante horas a solas, estando ya en cama, con el sacerdote Vignali, pues el padre Buonavita se había ido por enfermo. Con seguridad se confesó y recibió la comunión y la unción de los enfermos el 30 de abril de 1821. Dos veces comulgó por Viático antes de morir, una el 29 de abril, pues fue el primer día en que no tuvo vómitos y, por eso, podía comulgar. La segunda vez fue el 3 de mayo de 1821. Su últimas palabras fueron: *Mon Dieu, Mi Dios* ¹⁴. Murió el 5 de mayo.

SU SEPULTURA

Su cuerpo quedó expuesto los días 6 y 7 de mayo en una capilla ardiente, teniendo él un crucifijo sobre el pecho. Detrás de su cabeza, había un altar desde donde el sacerdote recitaba sus plegarias. El padre Vignoli celebró misa, teniendo a su lado al general Bertrand, al marqués de Montholon, el señor Marchand y el doctor Antommarchi. En la marcha al cementerio asistieron los oficiales ingleses con el gobernador de la isla, todos a caballo. Habían colocado 15 piezas de artillería a cierta distancia unas de otras. Al llegar al lugar de la sepultura, el padre Vignoli recitó sus oraciones y lo enterraron. La artillería hizo tres salvas de 15 cañonazos cada una. El año 1840 el gobierno francés pidió su cuerpo y lo llevaron a enterrar al panteón de los inválidos de París, donde se encuentra en la actualidad.

A lo largo de los años, ha habido algunos investigadores deseosos de saber de qué murió Napoleón. Algunos hablan de envenenamiento, pero lo que parece

¹⁴ Ib. p. 249.

más seguro es que, según la autopsia, que le hicieron después de morir, fue debido a un cáncer de estómago.

CONCLUSIÓN

Como conclusión de estas ideas sobre la Revolución francesa y la vida de Napoleón, propongo que cada uno de los lectores aprenda de él a saber reconocer sus errores. En sus últimos días, cuando ya vio que se moría sin remedio (de hecho tenía cáncer al estómago), supo tener la humildad de darse cuenta con su excelente inteligencia que la muerte no es el final. Que después de la muerte hay vida eterna y por eso tuvo la valentía de pedir al gobierno inglés que le enviaran un sacerdote católico para poder oír misa y recibir los sacramentos.

La humildad, he ahí el punto clave del final de su vida. La humildad debe ser también la guía de toda nuestra existencia y sobre todo en la hora de la muerte para saber reconocer nuestros pecados y errores y pedir humildemente perdón a Dios. No olvidemos lo que dice un dicho antiguo: *Dios perdona siempre, los hombres a veces, pero la naturaleza nunca*. Y como Dios perdona siempre, no importa cuán grandes o numerosos sean nuestros pecados, debemos aprovechar esa disponibilidad de nuestro Padre Dios; porque, mientras hay vida, hay esperanza.

Por eso, es preciso que demos a las cosas la importancia relativa que tienen. Nunca anteponer nada a Dios. Nunca decir que estoy muy ocupado o que tengo cosas más importantes que Dios para no cumplir con nuestras obligaciones religiosas. Napoleón le dijo un día al mismo Papa Pío VII, cuando le pedía confesión antes de su coronación como emperador: *Ahora estoy muy ocupado, cuando sea anciano lo haré*. El Papa solo pudo decirle: *Espero que algún día, conmigo o con otro, lo hará*. Y así fue, porque Dios le dio el poder hacerlo, al darle la oportunidad de poder bajarse del caballo de su soberbia para ser más humilde.

Judas también tuvo esa oportunidad y no la aprovechó; y Jesús dijo: *Más le valía no haber nacido*. Por eso, aprovechemos el tiempo del aquí y ahora. No dejemos las cosas del alma para la ancianidad, porque no sabemos si tendremos oportunidad de llegar a ser ancianos y tener la humildad suficiente para arrepentimos.

Stark Rodney, *El auge del cristianismo*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 2001.

Woods Thomas, *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*, Ed. Ciudadela, Madrid, 2007.